

El recreo



Por
Eduardo Lagar

Tartiere corre tras Fangio

Y allí estaba, junto a él, en el centro del mundo, junto al mito inalcanzable del circuito, junto al pentacampeón del mundo de automovilismo de mediados del siglo XX, junto al mismísimo **Juan Manuel Fangio** en carne mortal. Y Fangio habló:

—Trata de ser el mejor sin creerte nunca el mejor.

Jaime Tartiere Herrero, de 68 años, jubilado y nieto de **José Tartiere Legrene**, uno de los «padres» de la industrialización asturiana, jamás olvidará el consejo y la amistad que le regaló aquel argentino sereno, nacido pobre, de pocas sonrisas y curvas perfectas. Han pasado ocho años del fallecimiento de Fangio en 1995 y Jaime Tartiere aún mira a un lado cuando evoca las charlas que mantuvo con el campeón argentino, como si el espíritu veloz acudiera a la cita.

—Decía que el coche tenía vida: «El auto me lo dio todo, Jaime, me dio esta vida, por eso el auto tiene vida y esa vida tengo que administrarla».

Este ovetense que nació en el no menos mítico palacete de los Tartiere—calle Uría, hoy Corte Inglés—presenció su primer gran premio de automovilismo en octubre de 1951. Contaba 16 años, fue en el circuito de Pedralbes, Barcelona. Luego siguieron otras muchas carreras por Europa. Y siempre detrás de Fangio.

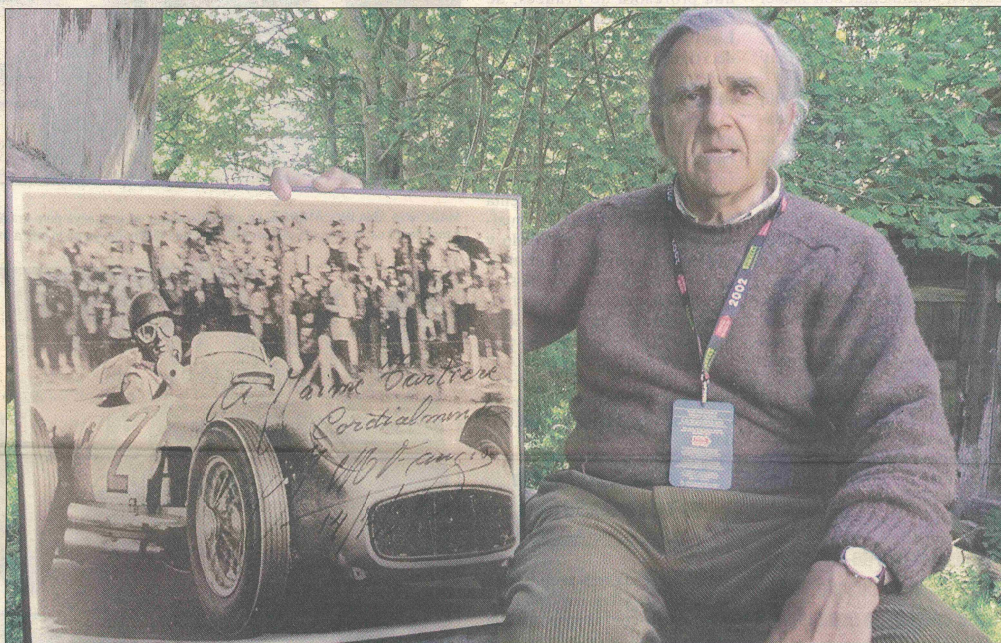
—¿Qué tenía?

—El no derrapaba, él no conducía de lado. Me explicaba: «Esos que aplauden en el circuito cuando se mueve la parte trasera del vehículo no entienden; Jaime, si a usted se le mueve el coche pierde motricidad y, entonces, usted pierde segundos». Nunca tenía averías. Atacaba en el último tercio de carrera, cuando tenía la «mecánica linda», así decía.

El asturiano que pisó los talones a Fangio, que viajó varias veces a Argentina para encontrarse con su ídolo, atesora una colección de 264 fotografías firmadas o dedicadas, cartas personales y otros documentos sobre la vida de un as que, hasta la fecha, sólo ha sido igualado por **Michael Schumacher**. Prepara un libro sobre su amistad, recopila sus enseñanzas, recuerda sus predicciones:

EL MITO DEL AUTOMOVILISMO Y SU AMIGO ASTURIANO

JAIME TARTIERE CORRIÓ MUCHO DETRÁS DE JUAN MANUEL FANGIO, HASTA QUE SE HIZO AMIGO DEL GRAN MITO DEL AUTOMOVILISMO DE LOS AÑOS CINCUENTA. NIETO DE JOSÉ TARTIERE, UNO DE LOS PADRES DE LA ASTURIAS INDUSTRIAL, ESTE JUBILADO ATESORA FOTOGRAFÍAS DEDICADAS, CARTAS Y RECUERDOS DEL AS DE LA FÓRMULA UNO.



Jaime Tartiere, en un fotomontaje, junto a una fotografía de Fangio dedicada por el mítico piloto argentino.

—Poco antes de la muerte de **Ayrton Senna** (1994, Gran Premio de San Marino) le pidió: «Ten cuidado, te veo muy rápido, eres muy joven y recuerda que nadie puede compararse al vuelo del Cóndor». Senna era su preferido. Se refería a él como «ese artista brasileño».

Fangio sostenía—asegura su fiel Tartiere—que sólo se mantiene vivo aquel piloto que

conoce su límite. «¿Dónde tiene usted su límite, Jaime? Cada persona tiene su límite, búsquelo».

—¿Conduce usted, Jaime?

—El coche normal. Piloto, no. Quisiera. ¿Cómo puede uno ser piloto si no puede quitarse el miedo de encima? ¿Y si me salgo? ¿Y si tengo un accidente?

—Le hago una última. De Fernando Alon-

so, claro.

—Espero que Renault le ponga esos 100 caballos que le faltan. Entonces veremos cosas importantes. Pilotos como él son los que hacen aficionarse a una nación. La gente no quiere puestos veintidós, veintitres, veinticuatro... Lo que la gente quiere en la vida son ganadores.

Mejores que no se creen el mejor.

De la guerra

U n día cualquiera de 1515 un florentino de aspecto enjuto e hispido como si fuera la figuración de un nervio acabó un opúsculo político, una especie de informe confidencial escrito casi al trote y no del todo pulido, al que tituló «El Príncipe». El opúsculo se convertiría en obra maestra perpetua y en uno de los libros más injuriados, odiados y alabados de Occidente, y colocaría a su autor en la siniestra galería de los nombres malditos de la historia, casi a la altura de Judas. De su nombre saldría un adjetivo, maquiavélico, que serviría para señalar las maldades más crueles, las astucias más péfidas, las hipocresías más grandes, los engaños más enrevesados, todo lo malvadamente interesado y cruento. Federico II de Prusia escribió dos siglos más tarde, con el apoyo, las correcciones y consejos de su amigo Voltaire, una famosa refutación, el Antimaquiavelo, en la que no ahorra al florentino epíteto, ni injuria: «Me atrevo a salir en defensa de la humanidad contra este monstruo que la quiere destruir; me atrevo a oponer la razón y la justicia contra la iniquidad y el crimen».

Propiamente, la realidad era mucho más

Maquiavelo

LUIS MEANA

modesta y sobria. No era más que un genial y revolucionario analista de la política, a la vez que un fracasado de su práctica, lo que demuestra que una cosa es el instinto para la teoría y otra muy distinta el instinto para la práctica. En el canal de una larga historia, el enjuto florentino sólo pretendía explicar, como dice Bacon, lo que los príncipes suelen hacer, y no lo que están obligados a hacer. «Pero siendo mi intención escribir una cosa útil para quien esté en grado de entenderla, me ha parecido más conveniente perseguir la realidad fáctica antes que la imagen artificial. Muchos han imaginado repúblicas y principados que nunca han existido ni se han conocido en la realidad, y es que hay tanta diferencia entre cómo se vive y cómo habría que vivir que el que no se ocupa de lo que se hace para preocuparse de lo que habría que hacer aprende antes a fracasar que a sobrevivir. Porque es inevitable que un hombre que quiera

hacer en todas partes profesión de bueno se hunda entre tantos que no lo son [...]». Maquiavelo quiso advertir, con más claridad quizá de la que la gente puede asimilar, contra ciertos hermosos principios de la ficción política: que la virtud es garantía de éxito, o que la infamia produce el fracaso. La realidad es una mezcla, convulsa, de bien, mal, apariencia y azarosa fortuna, y todo eso es lo que debe manejar el gobernante. La «virtu» del poder no tiene directa y consecuentemente mucho que ver con la virtud de la moral, o sea, que es un principio de acción con leyes propias.

«El Príncipe» tiene capítulos sublimes y consejos insólitos. Destripa las claves del poder y da, al que quiera ejercerlo o entenderlo, las reglas sinuosas y azarosas de su juego. «El Príncipe» se mueve siempre en el terreno enrevesado de la maldad del hombre y del azar de los acontecimientos, y ese es el labe-

rinto en el que tiene que comportarse con atinado cálculo. Entre las recomendaciones gigantescas del libro están éstas: «Un príncipe no puede observar todas las cualidades que hacen que se considere bueno a un hombre, ya que, para conservar el Estado, a menudo necesita obrar contra la lealtad, la caridad, la humanidad y la religión [...]». A los hombres les da menos miedo atacar a uno que se hace amar que a uno que se hace temer, porque el amor se basa en un vínculo de obligación que los hombres, por su maldad, rompen cada vez que se opone a su propio provecho, mientras que el temor se basa en un miedo al castigo que nunca te abandona».

En definitiva, la cauta astucia o la doble naturaleza de «El Príncipe»: «De entre todos los animales, el príncipe tiene que elegir al zorro y al león, porque el león no se sabe defender de las redes y el zorro no se puede defender de los lobos. Así pues hay que ser un zorro para conocer las trampas y un león para amedrentar a los lobos. Los que sólo se basan en el león no entienden de política». Que es poder, acción y fortuna. O, como dice Kant en «La Paz perpetua», lucha y conflicto con la Moral.

4-5-2003